



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJAApartado 547. - Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouthJ. ALCAIDE DE ZAFRA
Alegre comadre de Windsor.EDUARDO ZAMACOIS
Elisa.RAFAEL LEYDA
El marqués de Sade.JERONIMO GOMEZ
En pura plata.F. DE LA ESCALERA
Arcadia.A. RODRIGUEZ DE LEON
Elogio de unas manos.TOVAR, RIDORIN
Y EGOVarios dibujos y retrato de
Grandelly.

5 céntimos

CARAS BONITAS

GRANDELLEY

*Como bailarina es una artis-
ta muy grande y como gu-
pa es mucho más Gran-
delly t. davis.*



No hay otro remedio que rendirse á la evidencia. Lo que interesa, priva y obsesiona es la guerra y nada más que la guerra, y por ese camino de sangre y de fuego hay que ir forzosamente.

No es sólo el político, ni el militar, es el clérigo que debe ser pacífico, es el camarero que os sirve el chico de leche ameregada, es la doméstica que mientras le sirven medio kilo de filetes da su opinión al carnicero sobre el avance ruso ó la resistencia belga.

Todavía estaba yo ayer en el escenario del Retiro y una británica, de «aires na-

cionales», de esas que dicen «necesidad» y «riñones á la brocha», al sentir mi argentina voz, poniendo cátedra guerrera, decía desde el fondo de su camerino de tablas:

—En cuanto que me quite la malla, me voy á liar con usted á cuerpo limpio.

—Va á ser difícil eso último —repliqué yo modestamente, como concededor del paño.

La discípula de Terpsicore sale á poco, y mientras se coloca una liga, me pregunta:

—¿Hemos entrado ya en Berlín?

—¿Es usted cosaca? —interrogo á mi vez.

—Soy de Valladolid, pero me entusiasma el empuje de esos rusos. Ya ve usted. ¡Nada menos que dos millones de hombres armados! ¡qué delicia!

Es de advertir, que como esta danzarina local, hay infinidad de mujeres de todas las clases y edades, porque es lo que ellas dicen:

—Será muy inhumana la guerra, pero hay que reconocer que sólo en estas ocasiones se ve tanto hombre en condiciones de lucha.

Yo conozco una viuda en estado de me recer, que cuando leyó que los argelinos de las fuerzas irregulares habían dado un asalto á la bayoneta llevándola en posición de ataque tres kilómetros seguidos, estuvo por ir á felicitar personalmente al embajador de Francia.

—Eso es épico —gritaba enardecida—. ¡Quién hubiese estado allí!

—¡Señora! —exclamé yo asombrado.

—Si, señor; para admirarlos y para prodigarles frases de estímulo.

Otra señora de las de armas tomar, está encolerizadísima con el ministro de la Guerra de Inglaterra, por la proclama que ha digido á los soldados del ejército expedicionario aliado de los franceses.

Como ustedes saben Lord Kitchener les arenga para que se abstengan sobre todo de dos cosas: de la bebida y de las muje-

LA CRISIS DE LA GUERRA



El.—¿Es usted por casualidad una de esas «midnettes» que han venido de París en busca de trabajo?

Ella.—No, señor; pero, para el caso, como si lo fuese porque yo también lo busco,

EN EL RETIRO



—Ya ves, Lolita, tú desde que tu marido se ha muerto vienes por el Retiro todas las noches... En cambio, la de Pérez, no puede venir por el retiro...; por el retiro que cobra su esposo, que no le da de sí para estos vicios.

res: «Sed serenos, les dice paternalmente, y no os dejéis seducir por los atractivos del otro sexo. El soldado, cuando guerrea, sólo debe pensar en luchar y en vencer, y eso sólo se consigue siendo fuerte.»

—Eso —dice enfurecida— es una tiranía insoportable. «Sed serenos, sed serenos»... ¡Como si los serenos no fuesen hombres como los demás!

Y tiene muchísima razón. Precisamente los serenos, por su especial ocupación, son de los que más están en las interioridades de las «seducciones del otro sexo», como dice Lord Kitchener, y hasta suelen sacar gran partido de estas cualidades de tal clientela. Por algo son los encargados de meterles la llave en el ojo de la cerradura.

La guerra moderna es así. Los directo-

res miran por la conservación del vigor físico de los soldados, al contrario de aquellos tiempos en que se les autorizaba para entrar á saco en los pueblos vencidos. ¡Y vaya un saque que le daban al saco!

«Ni viudas ni doncellas se libraban de la garra del sátiro insaciable» que canta el poeta, hipócritamente, porque ¡qué más quisiera él que haber podido esgrimir «llí la garra!

Hoy, los vencedores, con arreglo á la moral y correctísima teoría de Kitchener, deben de entrar en las poblaciones derrotadas y tomar un vaso de zarzaparrilla solo, ó, á lo sumo, con un par de pajas.

Claro es que no faltarán algunas, como la que antes me refiero, que renegarán de estos modernismos, sólo porque les impide pasar al libro de la Historia en clase de

EL SIMBOLISMO EN EL ARTE



—Así, quietecita. No olvide usted que estamos haciendo un cuadro simbólico que representa á Venus saliendo de una concha que se abre... Ahora voy á pintar la vulva...

—¿La vulva? Entonces espere usted que me *vulva* un poco más.

mártires de la Patria, como aquellas matronas de Roma, cuando la turbulenta penetración de los bárbaros.

Ni siquiera tienen el consuelo de poder decir luego con voz entrecortada por la emoción:

—¡Qué bárbaros, qué modo tan salvaje de penetrar!

Un pequeño **REPORTER**

POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

Alegre comadre de Windsor

LA INGLESA.

¡Verás... ¡Verás lo bien que lo pasamos! Primero paseamos, hasta la hora de embarque, por este lindo y solitario «Parque

de la Reina Victoria». Mientras, te contaré la bella historia del Castillo famoso, que mañana veremos; y luego, en un esquisse primoroso, una vuelta daremos muy larga por el río... hasta que el sol se oculte ¡cielo mío! Después, á la ciudad, porque he notado eres meridional y acostumbrado no estás á la humedad. Y en un *Bar* nos tomamos un *boke* de *Stout*, y mientras esperamos la hora de la cena. (¡Que ya puedes jurar que será buena, si me permites escoger los platos, que yo conozco, ricos y baratos!) Acabada la cena, hasta las diez, jugaremos un poco al ajedrez. Y, al fin, para no estar por ahí tomando frío... ¿erezo debemos irnos á acostar?

EL ESPAÑOL.

¿A descansar tan pronto?...

LA INGLESA.

—No... ¡Amor mío!...

J. ALCAIDE DE ZAFRA

Windsor Castle from Thames.

LA MEDICINA MODERNA



—Primero la hidroterapia, en seguida la helioterapia y ahora la aereoterapia... ¡Jesús y cómo le ponen á una el cuerpo de *terapias* estos médicos de ahora!

ELISA

LA DIPLOMACIA

Así se llamaba la niña que perdí: Elisa. Aún creo oír su voz y verla correr á mi encuentro, abrazando mis rodillas, viniendo con su risa la tristeza de mi casa, de mi casa pobre, con habitaciones mal amuebladas y pasillos fríos, sin cortinajes ni alfombras; aún la recuerdo diciéndome adiós desde un balcón, moviendo sus manecitas y su cabeza, su inteligente cabeceita rubia, dorada por el sol de la tarde.

Vivió junto á nosotros más de dos años, sin dolores ni sacudidas, como esos arbolillos que tienen en su misma pequeñez su mejor defensa contra el aguilón, que pasa para ellos demasiado alto. Una mañana, sin motivo aparente, Elisa amaneció enferma. Su madre, los asombrados ojos llenos de lágrimas, me dijo: —Es preciso llamar al médico.

Yo no hice caso; aquello pasaría; la idea de la muerte estaba entonces muy lejos de mí; cegado por el ardor de la lucha diaria, nunca pensé en que todos, tarde ó temprano, hemos de separarnos: la muerte se ofrecía á mi imaginación como algo borroso, como la visita de uno de esos desconocidos indiscretos que llegan de pronto á interrumpir nuestro trabajo. Después el estado de la niña se agravó, volviendo á la realidad, busqué un médico; luego vino otro, luego, otro... cuyos nombres no quiero recordar. Aquello fué horrible. Lo veo todo: La habitación cuadrangular, tapizada de papel amarillento; el lecho enorme, con sus cabeceras de nogal y su vasto perimetro cubierto por una sobrecama blanca; y en medio de aquel ancho rectángulo, la cabeza de Elisa, reposando sobre unas almohadas: sus labios ya no reían; sus ojitos azules se cerraban despreciando la luz: la madre lloraba sin hacer un gesto: sentados alrededor del lecho, los médicos, semejantes á heraldos siniestros de otra vida, inclinaban sobre la enfermita sus frentes pensativas. En una habitación contigua, Gloria, mi otra hija, jugaba alegremente, presintiendo en su inconsciencia cruel que todos los juguetes de la hermanita enferma, serían para ella.

Murió Elisa. ¡Qué noche!... A Gloria, que nada sabía, la obligamos á dormir en el despacho para que no molestase á mamá, que tenía jaqueca. El cadáver de la niña lo coloqué en un cuartito interior, sobre una mesa y dentro una cajita blanca alumbrada por cuatro cirios: mi santa



Fridoux

—Madame: soy alemán; pero nadie me gana á hombre correcto, y como diplomático trato con gusto á las partes beligerantes...

—Pues nosotras tratamos así á todas las partes, hasta á las neutrales...

compañera lloraba á cántaros, como sólo las madres saben llorar. Yo procuraba consolarla repitiendo estúpidamente:

—Cálmate; ya todo acabó; más vale así; la niña ya no sufre...

¡Cómo recuerdo el tic-tac del reloj durante aquellas horas! Bajo la puerta de la habitación donde los restos de mi pobre Elisa reposaban, la luz de los cirios pintaba un resplandor inmóvil, amarillento, que helaba mi nuca. Atraído por la atrac-

CONTESTACION INCONGRUENTE



- Bueno, Inacia, ¿quién es ese señor tan antipático que estubo en casa ayer noche?
 —Creo que es un tratante en petróleo.
 —¡Acabárames! Por eso me ha quedado á mí tan mal sabor de boca...

ción horrible de aquella luz, penetré varias veces en la habitación... ¿Para qué? Lo ignoro, pero algo superior á toda humana voluntad me empujaba. Inútilmente quería domeñar mi excitación; al asir el picaporte de aquella terrible puerta, el miedo, un miedo supersticioso que jamás he sentido, bañaba mis sienes en sudor; parecíame que, repentinamente, mi niña iba á incorporarse en su ataúd y á lanzar un grito de espanto al verse sola y entre tantas luces... Pero no, el cadáver dormía y todo era allí silencio y quietud; todo era blanco: las paredes, la sábana con que revistieron la mesa, la cajita, las flores que aromaban los pies y orlaban la cabecita de mi muerta. ¡Qué quieta estaba! Quieta como nunca la vi: los piecitos juntos, los bracitos á lo largo del cuerpo, la boquita cerrada; su frente y sus mejillas tenían la blancura transparente de la hostia. La besé suavemente como otras veces, cuando, volviendo del teatro, la encontraba dormida. ¡Qué fría estaba, qué fría... Con ese frío de la carne muerta, frío suigéneris, más intenso que el frío de la nieve ó del mármol. ¡Elisa, Elisa!

Biblioteca Regional de Madrid

Al día siguiente vino el médico del distrito, encargado de extender la partida de defunción: se acercó á mi muerta y entreabrió sus labios; luego los ojos y se marchó. A las tres de la tarde la enterramos: un empleado de la Funeraria cogió el ataúd y, sin esfuerzo, se lo echó al hombro, como quien carga una maleta; el cuerpecito se movió, sonando dentro de la caja. Varios amigos me acompañaban; la curiosidad había llenado los balcones de vecinos. Metido en un coche, seguí al coche mortuorio; mis ojos ya no lloraban. Así recorrimos muchas calles, muchas; atravesamos el barrio de Salamanca, llegamos á Pardiñas, luego á las Ventas, y seguimos adelante, acercándonos á ese cementerio que la muerte de millares de niños va convirtiendo en un bazar de muñecas: El día era hermoso: yo pensaba que aquella era la primera vez que mi pobre Elisa daba un paseo tan largo bajo el sol...

Aunque separada de nosotros por la distancia y el tiempo, la niña nos acompaña

CONTRATAS AL AIRE LIBRE



- Pues sí no es más que por eso, cuando usted quiera debutaré...
 —Sí, píchona; pero á condición de que no se meta por en medio tu madre, porque entonces no hacemos nada...

á todas partes; su madre nunca habla de ella, yo tampoco, no importa. nuestros ojos, fijándose cuando comemos en el sitio que la muerte dejó vacío, la llaman á gritos. Todos sus juguetes están guardados en un cajoncito cuya llave su madre ha perdido voluntariamente; es igual: la caja para nosotros, siempre estará abierta...

Todo, aun lo más pequeño, evoca la imagen de la niña: Así, por ejemplo, mi hija Gloria había aprendido, por orden expresa de su madre, á rezar todas las noches.

—Estas oraciones — decía — son para que Dios dé mucha salud á papá, á mamá, á mi hermanita y á mí.

Murió Elisa; Gloria ya no la nombra; dice que la hermanita no necesita nada porque está en el cielo, donde los angelitos juegan y cantan; en sus rezos hay un vacío que hace suspirar á la madre.

Antes, durante las noches de invierno, yo me divertí, escuchando desde la cama el ruido conque la lluvia azotaba el zinc de

las ventanas: las puertas estaban bien cerradas, las niñas dormían en su cunita; mi compañera se estrechaba contra mí friolera y alegre.

—¡Cómo llueve! —murmuraba.

Era feliz; todo cuanto amaba, estaba cerca de ella, bajo mi protección. Yo, viéndola reír, la besaba sobre la frente. Hace poco tiempo, una noche, como antaño, la lluvia y el viento embestían furiosos contra la ventana. Yo dije, queriendo conjurar la tristeza del dormitorio caído:

—¡Cómo llueve!

Mi compañera, suspirando, repuso:

—¡Sí, cómo llueve!

No hablamos más; no era preciso. Pasado un buen rato, en medio de la habitación á oscuras, la madre preguntó:

—Eduardo... ¿sabes tú si la niña se mojará?

—No —repose secamente.

Y callamos aceptando aquella mentira consoladora.

LA MORAL Y «LA» CALOR



—¡Ay, Pérez! ¡Va á ser preciso que pase pronto el verano porque el calor nos impele demasiado hacia el libertinaje! Yo me paso la vida en traje de cupletista.

¡Pobre madre! En esto, como en todo, nuestras almas caminan juntas. ¡Ah! Te lo ruego, no hables de Elisa; todo cuanto acerca de ella puedas preguntarme, me lo he preguntado yo mil veces. Acuérdate: aunque me veas reír, así en las mañanas primaverales llenas de sol como durante las noches de invierno, tu pensamiento y el mío, encadenados por un mismo dolor, sabrán buscarse, sin hablar, sobre la tumba de la hija muerta.

Eduardo ZAMACOIS

El marqués de Sade

Versalles se divierte. La corte vuela frívola y zumba epigramas y madrigales en torno de dos mujeres cuya gracia juvenil inunda de alegría los viejos jardines. Sólo Luis XV pasea de Marly á Trianon, buscando en vano consuelo para el inmortal fastidio que le corroe. Ni logra ya corresponder á los gentiles halagos de su favorita, ni le distraen las picanterías travesuras de su nieta. Y eso que estas son ingeniosas. Pues cuenta la crónica, que un día que la delfina trotaba sobre un burro, parodiando las carreras de caballos, recién importadas de Londres, cayóse en asaz indiscreta postura. Y así quedó hasta que Mad. de Joaillès, su instructora en etiqueta palaciega, acudió á indicarla el ceremonial que han de seguir para levantarse las princesas que caen de su pollino. Felizmente para los caballeros María Antonieta estaba bien formada.

París, hasta que llega el eco de estas aventuras, las rima con aguda y satírica intención en canciones, que luego se repiten con regocijo en Versalles; y mientras aplaude á Beaumarchais, incita á los nobles, entregándose á la disolución en los aposentos del *Palais Royal*, estimulado por la colección de estampas del abate De-laurens en que se añaden algunas nuevas situaciones á las cuarenta y dos del tetrino, ó por la lectura de novelas, tales como *El sofá*, *Felicía ó mis travesuras*, *Venus*



en celo y *La Academia de las damas*, que no encuentra pareja en la literatura galante de ningún siglo. Y es por esta época, al correr el año 1773, cuando ocurre la siguiente anécdota, exhumada de las memorias inéditas de un cortesano libertino; memorias de cuyas páginas se desprende penetrante y afrodisíaco perfume.

Un caballero de gentil talle y galana

Ella.
El.
que sea

ELICOSA!



Ella. — ¡La de enemigos que se van á cargar! ¡Quién fuera ellos!
 El. — ¡Eres terrible! Una vez preparada á la pelea, lo mismo te da
 e sean amigos que enemigos...

ciende discreta, el caballero puede alzar los atrevidos ojos y advertir una cintura tan avispada, que parece va á quebrarse sobre los ahuecados *paniers*; y en la cúspide de aquella atractiva obra, en que por igual elaboraron naturaleza y arte, bajo un monumental peinado de los que la delfina puso en moda, una cara juvenil y risueña, de acarminadas mejillas y ojos azules é ingeniosos. Si algo en ella choca, es el exceso de los pintados y picarescos lunares.

El caballero la mira entrar y desaparecer en el fondo oscuro del portalón. Reflexiona un instante. Después resuelto se dirige al auriga. Largo rato sostiene con él discusión animada. Y un bolsillo pasa al fin, de las manos de aquél á las de éste. Coche-ro y lacayo dejan entonces su puesto y se alejan. Caballero y criado lo reemplazan.

No tarda en salir la señora. Se trataba de una visita de cumplido. Sin fijarse en el lacayo que le abre la portezuela, sube al coche, descubriendo de nuevo la pierna contorneada y elegante y orde-

apostura, sale de casa de la Goudan, la célebre intermediaria amorosa, y se dirige, seguido de un criado, en busca de caballos que los lleven á Versalles. Las sombras de la noche empiezan á caer sobre las calles de París.

Un coche, que se detiene ante una casa, desperta la curiosidad del caballero. La portezuela se abre, y en el estribo, que un lacayo despliega, paróse un pie breve y gordezuelo, calzado con un zapato rojo, de alto tacón. Tras del pie se descubre la deliciosa curva de una pierna rosa. Ya en piso firme la dama, cuando la falda des-

na que la lleven á casa. El lacayo ocupa su sitio en la trasera, el carruaje se pone en movimiento, avanza pausadamente, saltando por las mal empedradas y sombrías calles de París.

La dama, en tanto, muy erguida para no descomponer el artístico peinado, convenientemente extendidos sobre el asiento los *paniers* de su falda á fin de que no se arruguen, llenando sola el vasto interior del coche, levanta un poco el pensamiento de la realidad y lo deja vagar por las amenas regiones del ensueño. Cierto que la realidad no es tampoco desagrada-



EJERCITO

IDEAL

Austriaco.

ble para ella. Hija de un viejo magistrado que perteneció al recién disuelto Parlamento, esposa de otro viejo magistrado que forma parte del nuevo, su existencia es cómoda y es feliz. Pero hay un gusanillo roedor de su dicha. No puede entrar en la corte. La nobleza mira desdeñosa á los miembros del Parlamento, y ni aun se fija en la hermosura de sus mujeres. Versalles es para ella un paraíso, que sólo con la ilusión puede alcanzar... Y cuando la entren ganas de engañar al viejo magistrado, habrá de hacerlo con algún joven pasante, cuyas maros, tal vez, manchen de tinta sus encajes íntimos.

Y, sin embargo, ella es digna de más encumbrada suerte. ¿Quién no la tomaría al verla así compuesta, peirada por el propio Leonardo, con tal coquetería pintados sus lunares, por una de las duquesitas que en sus pastoriles cuadros retratará Vateau? ¿Valieron más que ella, ni fueron más lindas, madame de Etioles, hija y mujer de arrendatarios de rentas, Juana Vanternier, hija de nadie, mujer de todos?.. Pero la magistrada no aspira á tanto. Un rey la daría miedo. Se contentaría con rendir su corazón virgen á un simple duque ó á un marqués, en un pabellón perdido en los bosques, rústicos por fuera, por dentro lujoso, vestido con edas floreadas, con muebles bellos, decoración por Boucher... Amorcillos gordiflores y rosados, que vuelvan por el techo de la alcoba tapándose discretamente los ojos.

El coche se para. Y la dama desciende con pereza invadida por la languidez voluptuosa que la producen sus ensueños. Pero al ir á entrar en la casa se detiene sorprendida. No es la suya. Ni aquella su calle. Va á volverse, cuando un hombre la sujeta rápidamente por el antebrazo desnudo, y abriendo una puerta, con violencia la arrastra dentro. Quedan en la obscuridad un instante, en el que se oye el ruido del carruaje que se aleja y el agrio chirriar de una llave que se corre. Luego una luz que se enciende, esclareciendo una estancia misera, amueblada no más con un lecho, una mesa y pocas sillas. La señora, acongojada, mira en torno suyo y luego se vuelve al caballero, que la contempla galante:]

—¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?

—Significa, señora — responde audazmente él — que os amo, y que

no teniendo á mano otro remedio para deciroslo, he acudido á éste.

—Pero, ¿qué pensáis hacer?

—Mi felicidad y la vuestra.

—¡Una violación! ¿Seríais capaz?...

—Supongo que no me obligareis á llegar á ese extremo.

—Al menos... ¿quien sois?

—El marqués de Sade.

La dama retrocede, mira á su alrededor buscando por dónde huir. Sus ojos reflejan el terror. Debe estar livida bajo el colorete. No tendría más susto de haber visto al diablo... dado el caso de que las damas del siglo XVIII creyesen en Satanás.

Porque el marqués de Sade tiene una leyenda de trágico y brutal amador. Se citan de él violencias sin cuento. Y aún no se ha olvidado el escándalo de aquel baile dado en su castillo de Lacoste, al que concurrieron las más hermosas damas de Marsella, que fueron obsequiadas por el marqués con pastillas de cantárida. A poco el baile se convertía en bacanal desenfrenada con gran deleite del anfitrión. Cinco ó seis señoras se volvieron locas. Varias murieron.

Desde entonces el nuevo afrodisiaco llevó el nombre de marqués de Sade.

Al notar éste el miedo de la dama, se acercó á ella y la enlazó del talle. —¿Habéis oído hablar de mí y mal sin duda?... —la dice con rendimiento. — No creáis á la fama. ¿Qué culpa tengo yo de lo que inventan mis rivales y difunden cuatro copleros desvergonzados? Yo soy un hombre que sólo sabe amar, amar hasta morir. — Sigue hablando.

Ella le escucha, le mira... y su terror empieza á desvanecerse y su fortaleza de magistrada á decaer.

Algo temeroso aún, sin embargo, intenta apagar los instintos brutales de él, si fueren ciertos, con la dulzura. Y le habla, confesándole su nombre y condición. Al oírle que es mujer de un magistrado, de aquellos odiosos miembros del Parlamento, que tuvieron la osadía de condenarlo como envenenador á cincuenta francos de multa, el marqués sonríe con ironía y apresura el desenlace.

La dama vencida por completo, se ve despojada rápidamente de sus ropas. Su cutis blanco y suave, va apareciendo en divinas curvas entre las sedas

EJÉRCITO IDEAL



Francés.

y los encajes. La mano activa del marqués no descansa hasta dejarla como Eva antes del pecado Intenta ella protestar. Pero el galán le asegura que tal es la costumbre de las más nobles y elegantes damas, y la magistrada no tiene más remedio que rendirse.

El autor, aún inédito, de la *Justina* prueba aquella noche su superioridad amorosa. Pero un angelito mofetudo y rosado, como los de Boucher, con su habitual discreción, detiene la pluma del cronista.

La aurora empieza á mostrar su faz risueña sobre los tejados de París, cuando el marqués se levantó dejando á la linda

LO QUE SE VA POR LO QUE SE VIENE



Bueno: á mí, mal que bien, cuando me voy á la cama aún me quedan una peseta y una gota; pero á ese amigo como siga ahí mucho rato puede ser que no le dejen ni gota.

magistrada en dulce reposo. Recoge toda la ropa de ella, arrebatada luego con cuidado la del lecho, y sonriendo se aleja, llevándosela y cerrando con llave la puerta.

A la mañana siguiente, M. de Sartines espera como de costumbre, en la antecámara real á que Luis XV se despierte. Apenas Lebel abre la puerta, el jefe de policía se acerca al lecho y entrega al rey el diario de los sucesos amorosos y de las anécdotas escandalosas, con las que se procura avivar el apagado apetito del monarca. Idea debida al talento de madame Dubarry. Aquel día el diario hace su efecto. La noticia á que se debió tan feliz resultado, empieza así:

«Ayer tarde, sin que se supiera de dónde había salido, atravesó varias calles de París una mujer completamente desnuda, con gran asombro de las vecinas y no menos contento de los vecinos de la villa porque la mujer era joven y hermosa y fácilmente se podía apreciar que estaba bien formada. Detenida por la policía, resultó ser la esposa del magistrado monsieur Mouthon.» Seguía la reconstrucción de la aventura.

El rey, al leerla, se digna sonreír y hacer este comentario:

—Tiene ingenio nuestro querido primo el marqués de Sade.

Acto continuo llama á Lebel para que lo vista. Y concluido su tocado se hace conducir á Marly.

Aún se encuentra con la favorita cuando anuncian de nuevo á M. de Sartines.

—Señor—dice el jefe de policía.—El Parlamento de París acaba de darme orden de prender y encerrar en la Bastilla al marqués de Sade. Se le acusa de raptó, violación y tentativa de asesinato.

—Nos parece que ese Parlamento se muestra demasiado severo por... un peccadillo juvenil. Que cuide de no abusar de sus atribuciones contra la nobleza.

El rey hace una pausa.—Si encuentran al marqués de Sade—siguió—decidle que estoy satisfecho de sus servicios. Cuando todos son á causarme disgustos él me ha proporcionado un placer.

Y mientras M. de Sartines se retira haciendo reverencias, el *bien amado*, aquel día por excepción animoso, pasa su mano senil por las *encantadoras bellezas* de la favorita y sobre aquellos labios floridos posa los suyos, temblorosos y exangües.

Rafael LEYDA

EL ULTIMO BAÑO



—Chica, al bañarse en el otoño ocurre lo contrario que en primavera: Cuanto más avanza el otoño, más te encoges...

—Por eso estoy yo en relaciones con un «primavera»...

EN PURA PLATA

Canción, música del maestro Larruga, creación de la notabilísima artista La Argentinita.

I

Soy una madrileña de tronío,
soy la chulapa
castiza, decidora y siempre alegre
como una pascua.

Me dicen tós los hombres,
con ansiedad
que incito al Sacramento
matrimonial.

Y yo, muy recelosa,
les vuelvo las espaldas

pues en cuestión de amores,
hablando en pura plata,
suele salir á veces,
el pavo pava.

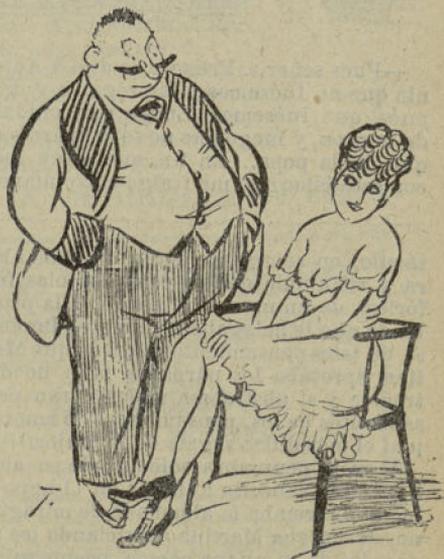
II

No admito galanteos mentirosos
y muy bizarra
les dejo boquiabiertos y aturdidos
con mis palabras.
Si alguno se propasa,
de dos trompás
le dejo las narices
desfigurás.

Pues tengo mucho brio,
y á nadie sufro ancas,
porque ninguno vale,
hablando en pura plata,
el polvo que levanto
con mis enaguas.

J. rónimo GOMEZ

AMENAZA ALEMANOFILA



—Te advierto que como los rusos entren en Berlín, rompo la neutralidad.

—¡Ay, que entren por Dios! ¡A ver si al fin dejas de ser neutro!

ARCADIA

I

Aquella noche Martina durmió más desaseadamente que de costumbre. Los pensamientos hervían en su diminuto cerebro de mujer frívola y coqueta, y las ideas, que nunca en verdad hasta la fecha se habían incubado en semejante recep-

DIVAGACIONES DE UNA BALANDRISTA



—Pues señor... Primero le dije á Antonio que no fuésemos á las regatas y después, que fuésemos. Luego que cuidase de la proa, y luego que no se ocupara más que de la popa... En fin, que estoy loca con este jaleo que me traigo entre manos.

táculo, en semejante majín, fluiante ahora y refuiante dentro como las olas fosfóricas de un mar en la noche. Y la prueba de que le halagaba el culebreo luminoso de tales pensamientos, está en que Martina apretaba los párpados para no dis traerse y sí abstraerse mejor. Eran pensamientos de los, pensamientos de amores; ¡oh! el más dulce regalo de la mujer.

Y en la penumbra solemne de su alcoba, con la cabecita hundida en el hoyo tibio que formaba la almohada de miraguano, dormitaba Martina acariciando los recuerdos de su nuevo poema, poema selvático y rústico de amores primitivos, pastoriles, de amores aromados de romero y de tomillo...

—¡No me duermo; está visto!

Entonces se reclinó un poco sobre el lecho, así, semidesnuda, vaporosa, y miró en torno con mirada voluptuosa y cansada.

Dieron las dos; dos campanadas de timbre y cuatro notas de melodía que salieron de la caja del reloj de música, marcaron la hora.

—¡La hora romántica! —dijo.

La alcoba estaba repleta de mueblecitos de inju, de figurillas bellas.

El varillaje de la cama era todo blanco, y blanca la colgadura de tisú que caía ondeadada y recogida sobre las columnas del lecho formando pabellón y solio, decoración y nido; parecía un armazón de plumas de cisne; un globo inflamado con aire de besos. La colcha de color rosa bordada con flores de seda, caía hasta el suelo con majestad de manto real; las almohadas eran azules, con borlones irisados en las esquinas, y la sábana, por el embozo, parecía una gardenia cuando se abre. A la cabecera de la cama estaba la pared, y en la pared, endosada, una luna de espejo que subía hasta lo alto. En el suelo, junto al lecho, veíase una mesita de noche, dorada como una joya, y en el centro de la estancia, sostenida por una varilla de plata que partía del suelo en donde estaba sostenida sobre un tripode, elevábase una lámpara que terminaba á los dos metros de altura, lámpara eléctrica cuya bombilla azul quedaba envuelta en una enorme bellota de muselinas rojas formando un pliego de colores de oriflams mortecinas, de presta de sol de estío, cuando declina el grande astro reflejando su incendio en occidente.

II

Melinita, aquella ardorosa Melinita de Adolfo Belot, adormeciéndose junto á la venuzina escultura de su duquesa en el momento de efectuar el masaje cubano en el fondo del baño azul; la madrastra de *La Curé*, revolcándose en incestuoso éxtasis sobre la piel de tigró que guateaba el mosaico de su *boudoir*; Popea, llenando con su risita angusta, nerviosamente, el imperial triclinio de Nerón; Eunicia, la sublime esclava que mandó que le abriesen las venas para morir con la cabecita reclina da sobre el pecho de su Petronio, mientras las cítaras entonaban el *Harmodias* y el himno de Anacreonte; Margarita Gautier, la figulina de Dumas, la que con sus bra cicos enclenques de tísica se abrazó á una

pasión ideal cuando su existencia de gran mundana iba ya declinando hacia su eterna noche; y tantas, en fin, como en la Historia y en el Arte han sido, no tuvieron jamás en su vida un ensueño tan voluptuoso y tan adorable como el que tuvo Martina aquella noche ideándose á placer y forjándose en detalle los nuevos goces que le esperaban con el pastor, á quien esperaba y que era un rústico y joven aldeano de aquellos contornos.

—Después de todo, ¿á qué viene esta alegría y esta curiosidad mía? ¿Acaso espero algo nuevo, algo desconocido? ¡Ay, no; bien lo sé: amaré primitivamente; brutalmente, sí!

Miró Martina el reloj. Era la hora de la cita ya. Esperaba la contraseña; tres golpecitos en la puerta, y puso oído Martina, disponiéndose así para escuchar mejor.

Pero no tuvo que afinar mucho, porque de repente sonó en la puerta de la alcoba un golpetazo brutal, y luego otro, y el tercero; si hubiera tenido que dar otro golpe más el visitante, es seguro que la puerta hubiera caído al suelo hecha pedazos.

—¡Dios mío! —gritó Martina asustada—. ¿Quién es?

—Soy yo —contestó un vozarrón desde fuera.

—¡Qué bruto! —pensó la joven acudiendo á abrir. Pero hombre, ¿por qué llamas tan fuerte?

—¡Toma, miá qué salía!; por si tenía usted el sueño pesado. Así es que yo me dije: «Pues por tí, que no quede, Colás». Y di tres patás.

Martina, riéndose á todo reír, le hizo entrar, cerró luego y, viendo al paleta sin decir nada, cohibido y con la gorra en la mano, le dijo:

—Bueno, ¿y qué?...

—¡Toma, eso me digo yo!

—Pues, acuéstate.

—¿Pero, aquí? ¿En esto tan blando? ¿Y si se hunde?

—Hombre, no.

—Miá qué capricho —dijo él de mala gana;— ¿y para eso me ha hecho usted venir hasta aquí?...

Francisco de la ESCALERA

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

Elogio de unas manos

Manos blancas, manos-rosas,
manos muy finas, mimosas,
con arabescos perfiles,
¡oh, dulces manos mongiles,
blancas manos olorosas!

Manos de raso, de tules,
que muestran siempre al deseo,
en continuo jugueteo
cáidas venas azules.

Manos blancas, manos lindas,
manos muy dulces, mimosas;
blancas manos olorosas
cual manojito de celindas.

Manos de nieve, de rosas,
más finas que el terciopelo;
si las llevas á tu pelo
parecen dos mariposas
que van jugando en su vuelo.

Manos que el sol no ha de verlas;
¡oh, dulces manos mongiles!
manos que, dulces, viriles,
saben cortar madreperlas
de los mejores pensiles.

Manos finas, delicadas,
que cantaron los poetas.
Manos finas, perfumadas
por claveles y violetas.

Manos blancas, manos-rosas,
dulces manos que no siento,
poseéis el encantamiento
de doradas mariposas.

Manos blancas, nacarinas,
yo os ofrezco mi trovar.
¡Oh, dulces manos divinas,
yo os ofrezco manos finas,
la cantata del besar!

A. RODRIGUEZ DE LEON

EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

¡talleres particulares de Ediciones ESPAÑA(S.S.)!

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. . . . 2,00 ptas. tarro.
Idem blanca. . . . 1,50 »

NOTA. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente.—Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revista.

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, urtus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamli, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dólar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas